

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I

Núm. 43

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

Anuncios y comunicados á precios convencionales

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 26 DE NOVIEMBRE DE 1902.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

EL MEDIO DE ELEVARNOS

Positivamente cesó el derecho á la vida de las naciones civilizadas desde el día en que fué inventado el cañón.

Antes veíamos lucir en la frente del héroe la corona de laurel; hoy lucen en ella fúnebres siemprevivas. A la antigua lanza forjada por cualquier herrero, le ha sucedido el complicadísimo fusil de repetición; la catapulta primitiva ha sido reemplazada por el grueso cañón que en un momento se traga una fortuna con sus disparos. La ciencia, poniéndose de parte de los ricos, ha transformado insensiblemente el procedimiento de matar al «menudo», como vulgarmente se dice.

¿Qué hemos de hacer ante esa superioridad de las naciones ricas y civilizadas? ¿Empuñaremos la mohosa espada de Don Quijote y cenaremos con Dios, confiando tan sólo en la fortuna?

No; es de urgentísima necesidad el mudar de conducta, que no ha de ser otra que la del recogimiento y el trabajo durante muchos años. Pero ese trabajo ha de ser febril, sin desmayos, que nos permita en cortísimo tiempo salvar la gran distancia que nos separa de las naciones más adelantadas, trabajo durante el cual nuestro estímulo constante sea el recuerdo de nuestras pasadas vergüenzas.

Sabido por todos es el medio para conseguirlo.

El secreto está en la cultura general impuesta á todo el mundo, ricos y pobres; estudio profundo de las ciencias de la Naturaleza, hasta que á fuerza de tesón se llegue á conquistar con verdadero heroísmo el honroso palenque de ideas, hechos y verdades que conducen al progreso; aplicar la ciencia á la industria, á la agricultura, al comercio, á la educación de nuestra raza, sin reconocer más guías que la razón y la experiencia.

Y sólo así, cuando hayamos conseguido ésta, cuando una gran industria recompense nuestra pobreza, cuando nuestro suelo haya aumentado en población, bienestar y riqueza, podremos recoger triunfantes el ansiado fruto de nuestra labor.

NEVANDO

I

Yo adoro la nieve,
—le dije á mi niña,
mirando los copos
cubrir la alta cima—

Bendito lo blanco;
amor simboliza...,
pureza y ensueños
y prósperos días.

Color blanco lucen
las almas benditas
que en pos del bien sumo
al cielo caminan.

También las tremantes
laves campanillas
de la enredadera
que tu mano cuida.

Y es blanca la veste
que al besarme agita
la pálida musa
de mi poesía.

Si fiesta brillante
salones anima,
de blanco se visten
doncellas altivas.

Así te contemplan
mis ojos el día
que nuestros amores
el cielo bendiga.

II

¡Maldita la nieve...!
—gemí esta alborada,
mirando los copos
besar mi ventana—

¡Qué triste lo blanco...!
Dolor trae al alma...:
punzantes memorias,
¡ninguna esperanza!

Nieve en los cabellos
de la gente anciana
que en frágiles glorias
no fía ya nada.

Nieve en las canciones
un tiempo lozanas
al soplo fecundo
de noble esperanza.

Y nieve en la densa
temida mortaja...,
postrer atavío,
ropaje que espanta.

Vestida de blanco
dejó mi adorada
por más claro cielo
el gris de Cantabria.

¡Vestida de blanco
la ví una mañana,
del templo con otro
salir desposada...!

LUIS BARREDA.

CRÓNICA

La primera zambomba.

Anoche la oí desde el comedor de mi casa, cuando después de haber satisfecho una de las necesidades más impe-

riosas de la vida, me encontraba de sobremesa.

Y despertó en mí su monótono y triste «bum-bum» ideas que parecían borradas de la mente, y que por esa asociación de conceptos que todos conocemos, permanecían, por lo visto, en mi cerebro unidas al ronco son del clásico y primitivo «instrumento».

Pasaron veloces y en confuso tropel recuerdos de la infancia, primero; de la juventud, después...

Y me creí por un instante trasportado á aquellos venturosos días en que constituía mi encanto la sencilla y rústica zambomba, que hacía sonar con todo el interés de un niño, sin cansarme entretenimiento tan inocente y acompañando su desagradable ruido con coplas de Navidad, cantadas desordenadamente...

Yo no sé qué clase de pensamientos en mí despertó la zambomba; pero es lo cierto que hoy, lo mismo que ayer, inspira siempre en mi ánimo tristes melancolías, tan tristes como son los días del crudo invierno, sin flores y sin perfumes, en los que callan las parleras avejillas, que ya no se dicen de amores y pasan las largas noches entre las desnudas ramas de los árboles, esqueletos y sin hojas.

Pensé, además, en aquella fase de mi existencia, plébrica de ilusiones y de ensueños juveniles, que la inexperiencia y el desconocimiento de la vida me hacían ver como posibles realidades.

Presumía oír otra vez el inacabable «bum-bum» de aquella zambomba, tocada por la callosa mano del rústico labriego, que plantado en una esquina, en unión de un camarada suyo, festejaba de este modo á la aguerrida moza dueña de sus pensamientos, cierta noche que yo me retiraba á descansar después de haber entretenido el ocio con los amigos al amor del calórico que irradiaba la amplia chimenea del casino...

¡Dulces remembranzas del pasado!
¡Simpáticas visiones de lo que fué!
Que si las esperanzas de futuros y venturosos sucesos producen siempre en el alma cierta consoladora alegría, también suele gozarse con el recuerdo de anteriores acontecimientos.

ANTONIO GALÁN

Promesa

Como en la nave ruinoso de algún solitario templo la más cándida paloma detiene su rúdo vuelo, y el nido de sus amores pone allí del mundo lejos, al contemplar hechizada aquel sepulcral silencio: igual tú, adorada niña en el altar de mi pecho, que minaron las pasiones y en el que ya no hay recuerdos que mortificarte puedan que petrificó ya el tiempo, puedes cual nívea paloma depositar en su centro la esencia de tu cariño, que ferviente te prometo guardarla como un tesoro mientras que exhale un aliento.

EMILIO BERNABEU.

CASI HISTORIA

I

Era D. Teodoro, en los días en que lo conocí, un hombre alto, enjuto de carnes, moreno, de ojos apagados, que revelaban una vista cansada de leer. Su cabeza tenía poco más pelo que el existente en su traje ajado y no del todo limpio; el pantalón era algo menos largo de lo debido por razones claras de comprender: los años y el mucho caminar de una casa en otra (pues no sé si dije que D. Teodoro era profesor de música) habían obligado á doblar más de una vez los bocapiernas. La levita, alta de cuello y remangada por detrás, denunciaba á un descuidado para todo el que no supiese que aquel traje verdinegro habíase ceñido á aquel cuerpo cuando D. Teodoro quedó viudo hacía ya algunos años. De entonces acá había sufrido más limpiezas y cepillos que los que hubiera menester para lograr el brillo característico de la ropa demasiado cuidada.

Pero dejando aparte estos menudos detalles, he de decir que nuestro maestro de música era un artista de cuerpo entero. Era de verle por la calle ideando compases, combinando notas, tarareando motivos y, sentado al piano, alegrarse aquella su cara morena y qui-jotesca cual si todas las penas de este mundo lo fuesen desconocidas.

Más ¡ay! no era, ciertamente, así; al morir la compañera de su vida le dejó tres hijos de muy escasa edad, y no pocas veces las necesidades de los pequeños hicieron volver á D. Teodoro á la realidad de este mundo, tan distante del que, en alas de su fantasía, habitaba muy á menudo. Pariente no muy lejano, en la gran familia del arte, del genio de un Haydn, tierno y delicado, sensible y soñador como él, los azares de la vida le habían privado de condiciones de crecimiento y casi de vida. Su educación artística era escasa, casi nula, ó peor aún, viciada; todo lo que había en D. Teodoro de artista era pura adivinación, intuición de esa suprema poesía que vivifica las almas grandes; y en verdad que algunos destellos llegaban á la de D. Teodoro, y aun hacíalos pasar á sus oyentes en aquellas sus composiciones predilectas que quizá no acertaba á leer con absoluta fidelidad, pero que de oír las matizadas según la inspiración de D. Teodoro no hubieran protestado los genios de Litz y Schubert. Muchas veces había yo escuchado á D. Teodoro en sus lecciones de piano á las señoritas de la provinciana ciudad donde pasaba por maestro; pero donde gustaba de oírle con preferencia era en casa de un médico, una de cuyas hijas parecía la discípula predilecta. En aquella casa entraba D. Teodoro con cara más complacida que en las demás; en ella la lección se prolongaba más del tiempo acostumbrado, y nunca ocurría que el bueno de D. Teodoro abandonara la casa sin sentarse al piano y ensayar alguna nueva melodía que preparaba para la parroquia, de que era organista, ó recordara alguna de las